

serán enojosas á la conciencia el día de la muerte; cuán indignas son de un corazón generoso, pues sólo son disparates y embebecimientos de criaturas simples; y semejantes cosas. Hablarás á menudo contra la vanidad, aunque te parezca que esto sea contra tu corazón, y no dejarás de menospreciarla, porque por este medio ganarás reputación con la parte contraria; y á fuerza de decir contra alguna cosa, nos movemos á aborrecerla, aunque á los principios mostremos tenerla afición. Haz obras de desprecio y humildad las más veces que pudieres, aunque te parezca ser contra tu gusto; porque por este medio te habituarás á la humildad y disminuirás tu vanidad de suerte, que cuando venga la tentación tu inclinación no la podrá del todo favorecer y tendrás más fuerza para combatirla. Si eres inclinada á la avaricia, pensarás á menudo la locura de este pecado, que nos hace esclavos de lo que no es criado sino para servirnos, y que al fin, cuando llegue la muerte, será necesario soltarlo todo y dejarlo en manos de quien podrá ser que lo sepa muy bien desperdiciar, ó sea causa de su ruina y condenación; y semejantes pensamientos. Hablarás á menudo contra la avaricia, y alabarás mucho el menosprecio del mundo; harás limosnas, y con ellas obras caritativas; y excusarás algunas ocasiones de adquirir.

Si estuvieres sujeta á enamorar ó ser enamorada, pensarás á menudo cuánto este embebecimiento es peligroso, tanto para ti como para los otros; cuán indigna cosa es el profanar y emplear en pasatiempos la más noble afición que hay en nuestra alma; cuán sujeto está esto al menosprecio de una extrema liviandad de espíritu. Hablarás siempre en favor de la pureza y

simplicidad de corazón, y usarás lo más que te sea posible de acciones conformes á esto, evitando todas afectaciones y palabras enamoradas.

En fin, en el tiempo de paz, esto es, cuando las tentaciones del pecado á que te hallares sujeta no te apretaren, usarás entonces de acciones de la virtud contraria, y si las ocasiones no se te presentaren, excusarás buscarlas, porque por este medio fortificarás tu corazón contra la tentación futura.

CAPÍTULO XI

DÉ LA INQUIETUD.

La inquietud no es una simple tentación, sino un origen, del cual y por el cual proceden muchas tentaciones. Diré, pues, algo acerca de esto. La tristeza no es otra cosa sino el dolor de espíritu que tenemos del mal que está en nosotros contra nuestro gusto, ya sea el mal exterior, como pobreza, enfermedad ó menosprecio, ya interior, como ignorancia, sequedad, repugnancia ó tentación. Cuando el alma conoce, pues, que tiene algún mal, siéntelo, y de aquí le nace la tristeza, deseando al mismo punto librarse del mal, y procurando los medios para defenderse de él. Y hasta aquí tiene razón; porque naturalmente, cada uno desea el bien y huye lo que piensa estarle mal.

Si el alma busca los medios para librarse de su mal por el amor de Dios, buscarálos entonces con paciencia, mansedumbre, humildad y tranquilidad, es-

perando su libertad más de la bondad y providencia de Dios, que de su pena, industria ó diligencia. Si busca su libertad por el amor propio, se congojará y fatigará en buscar los medios, como si este bien dependiese más de ella que de Dios. Y no digo yo que ella piense esto; mas digo que se congojará como si lo pensase.

Si no halla luego lo que desea, cae en grande inquietud é impaciencia; lo cual, no quitando el mal precedente, antes aumentándole por el contrario, entra el alma en una congoja y tristeza increíble, con un fallecimiento de ánimo y fuerzas, que le parece ya su mal no tener más remedio. Bien ves, pues, que la tristeza (la cual al principio es justa) engendra la inquietud, y la inquietud engendra después un crecimiento de tristeza, que es en extremo peligrosa.

La inquietud es el mayor mal que puede venir al alma, excepto el pecado; porque como las sediciones y alborotos interiores de una república, la arruinan totalmente y la estorban que no pueda resistir al extraño, así nuestro corazón, estando alborotado é inquieto en sí mismo, pierde las fuerzas de mantener las virtudes que había adquirido, y asimismo el medio de resistir á las tentaciones del enemigo; el cual entonces procura con todas sus fuerzas pescar, como dicen, en agua turbia.

La inquietud procede de un deseo desordenado de librarnos del mal que sentimos ó de conseguir el bien que nos deseamos. Y no obstante esto, no hay cosa que empeore más el mal y que aleje más el bien que la inquietud y congoja.

Los pájaros quedan presos en las redes y lazos por-

que, hallándose ya empeñados en ellos, trabajan y forcejean cuanto pueden para escaparse; con lo cual tanto más se enredan y enlazan. Cuando tuvieres, pues, deseo de librarte de algún mal ó de llegar á algún bien, pondrás ante todas cosas tu espíritu en reposo y tranquilidad, y asentarás el juicio y la voluntad, y después, con blandura y dulzura, procurarás el fin de tu deseo, tomando por orden los medios que serán convenientes. Y cuando digo con blandura, no quiero decir con negligencia, sino sin congoja, alboroto ni inquietud; que de otra suerte, en lugar de conseguir el efecto de tu deseo, lo echarás á perder todo y te embarazarás más cada instante.

Mi alma está siempre en mis manos ¡oh, Señor! y yo no he olvidado tu ley, decía David (1). Examina más de una vez al día, ó á lo menos á la noche y á la mañana, si tienes tu alma en tus manos, ó si alguna pasión é inquietud te la ha arrebatado. Considera si tienes tu corazón á tu mandado, ó si se te ha escapado de las manos para empeñarse en alguna afición desreglada de amor, de odio, de envidia, de codicia, de miedo, de enojo ó de alegría; y si se te ha escapado, le buscarás ante todas cosas y llevarás poco á poco á la presencia de Dios, remitiendo todas tus aficiones y deseos debajo de la obediencia y orden de su divina voluntad; porque como aquellos que temen perder alguna cosa preciosa, la tienen bien cerrada en su mano, así, á la imitación de aquel gran rey, debemos siempre decir: ¡Oh, Dios mío! mi alma está puesta en gran peligro: y así por esto, Señor, la traigo siempre en

(1) Salmos, cxviii, 109.

mis manos, y de esta suerte no he olvidado tu santa ley.

No permitas á tus deseos, por pequeños que sean y de pequeña importancia, que te inquieten, porque después de los pequeños los grandes y más importantes hallarán tu corazón más dispuesto al alboroto y desasosiego. Cuando sintieres acercarse la inquietud, encomiéndate á Dios, y resuélvete en no hacer nada de todo cuanto tu deseo te pidiere; y esto se entiende no habiéndose pasado del todo la inquietud, porque entonces no se puede diferir. Luego, pues, es menester, con un suave y sosegado esfuerzo, detener la corriente de tu deseo, templándola y moderándola cuanto te fuere posible; y después de esto, obrar, no según tu deseo, sino según la razón.

Si puedes descubrir tu inquietud al que conduce tu alma, esto es, á tu confesor, ó á lo menos á algún confidente y devoto amigo, no dudes sino que al mismo punto serás apaciguado; porque la comunicación de los dolores de corazón hace el mismo efecto en el alma que la sangría en el cuerpo del que está con calentura continua. Este es, en fin, el remedio de los remedios. También el rey san Luis dió este aviso á su hijo: Si tuvieses en el corazón algún descontento, dile al mismo punto á tu confesor ó á alguna buena persona, y así podrás llevar tu mal fácilmente, mediante el consuelo que se te dará (1).

(1) Joinville, Hist. de S. Loys, c. últ.

CAPÍTULO XII

DE LA TRISTEZA.

La tristeza que es según Dios (dice san Pablo), obra la penitencia para la salud; la tristeza del mundo obra la muerte (1). La tristeza, pues, puede ser buena y mala, según las diversas producciones que [causa en nosotros. Verdad es que causa más malas que buenas, porque mirado bien, no causa más de dos buenas: estas son misericordia y penitencia. Para estas hay seis malas, y son: congoja, pereza, indignación, celos, envidia é impaciencia; lo cual hizo decir al Sabio: *La tristeza arruina á muchos y no causa ningún provecho (2)*; porque para dos buenas corrientes que proceden de su origen, hay seis bien malas, como está dicho.

El enemigo se sirve de la tristeza para usar de sus tentaciones con los buenos; porque así como procura se alegren los malos en su pecado, así procura entristecer los buenos en sus buenas obras; y como no puede procurar el mal, sino haciéndole parecer agradable, así también no puede hacer apartar del bien sino haciéndole parecer desagradable. El espíritu maligno se deleita en la tristeza y melancolía, por cuanto él es triste y melancólico, y lo será eternamente, causa por que querría que todos le imitasen.

La mala tristeza alborota el alma, pónela en inquietud, causa temores extraños, quita el gusto de la ora-

(1) Ep. II^a á los Corintios, vii, 10.

(2) Eclesiástico, xxx, 25.

ción, adormece y oprime el cerebro, priva el alma de consejo, de resolución, de juicio y de ánimo, y abate las fuerzas; es, en fin, como un áspero invierno, que priva á la tierra de toda su hermosura y entorpece todos los animales; quita toda la suavidad del alma y la hace casi imposibilitada é incapaz en todas sus facultades.

Si por ventura, Filotea, te sucediere caer en esta mala tristeza, practicarás los remedios siguientes: Si alguno está triste, dice Santiago que ore (1). La oración es un soberano remedio, porque levanta el espíritu en Dios, que es nuestra única alegría y consuelo. Encaminarás en tu oración las palabras con que rezares, sean interiores ó exteriores, á la confianza y amor de Dios, como si dijeras: ¡Oh, Dios de misericordia! mi buen Dios, mi Salvador, manso y benigno, Dios de mi corazón, mi alegría, mi esperanza, mi amado esposo, el bien querido de mi alma; y semejantes palabras.

Procura con cuidado mostrarte contraria á lo que te inclina tu tristeza; y aunque te parezca que lo que haces en tal tiempo es con frialdad, desabrimiento y cansancio, no dejes por eso de hacerlo; porque el enemigo, que pretende entibiarnos en las buenas obras por medio de la tristeza, viendo que no por eso dejamos de hacerlas, y que hechas éstas con resistencia, son de más mérito, cesa entonces de afligirnos más.

Canta cánticos espirituales, porque el enemigo por este medio ha muchas veces cesado en sus operaciones. Dígalo el espíritu que poseía á Saúl, cuya vio-

(1) Cap. v, 13.

lencia reprimía y templaba la música de David (1).

Es muy bueno el emplearse en obras exteriores, y el diferenciarlas, cuanto más se pueda, para divertir el alma del objeto triste, purificar y calentar los espíritus, por cuanto la tristeza es de compleción fría y seca.

Usarás de acciones exteriores fervorosas, aunque las tales sean sin gusto, abrazando la imagen de un crucifijo, llegándote al pecho, besándole los piés y manos, levantando tus ojos y tus manos al cielo, arrojando tu voz á Dios con palabras de amor y confianza, como las que se siguen: *Mi bien amado es mío, y yo suya* (2); *mi bien amado es para mí un ramillete de mirto, el cual guardaré entre mis pechos* (3). *Mis ojos se deshacen en ti, ¡oh Dios mío! diciendo: ¿Cuándo me consolaréis vos?* (4) Jesús, sed mi Jesús: viva Jesús, y mi alma vivirá. *¿Quién me separará del amor de mi Dios?* (5).

La disciplina moderada es buena contra la tristeza, por cuanto esta voluntaria aflicción exterior alcanza el consuelo interior; y el alma, sintiéndose de los dolores externos, se divierte de los que son internos. La frecuentación de la santa comunión es excelente, porque este pan celeste fortifica el corazón (6) y alegra el espíritu.

Descubrirás todos los resabios, aficiones y sugerencias que resultaren de tu tristeza á tu maestro ó

(1) Reyes, I-xvi, últ.

(2) Cantares, II, 16.

(3) *Ibid.*, I, 12.

(4) Salmos, cxviii, 82.

(5) S. Pablo á los Romanos, VIII, 35.

(6) Salmos, ciii, 16.

padre espiritual, con humildad y fidelidad. Buscarás las conversaciones de personas espirituales, tratándolas lo más que pudieres. Pondráste, en fin, en las manos de Dios, resolviéndote de sufrir cualquier género de tristeza pacientemente, como justo castigo de tus vanas alegrías, y no dudes de ninguna manera que Dios, habiéndote por este medio probado, te dejará libre de tal mal.

CAPÍTULO XIII

DE LOS CONSUELOS ESPIRITUALES Y SENSIBLES. Y COMO DEBEMOS GOBERNARNOS EN ELLOS.

Continúa Dios el ser de este gran mundo en una perpetua mudanza, por la cual el día se trueca en noche, la primavera en verano, el verano en otoño, el otoño en invierno y el invierno en primavera, y cada uno de los días no parece jamás en todo al otro. Vemos unos nublados, otros acuosos, otros secos y otros ventosos; variedad que trae al universo una admirable hermosura. Lo mismo es del hombre, el cual es, según sentencia antigua, un compendio del mundo (1). Vemos esto, por cuanto nunca está en un mismo estado, cuya vida se extiende y dilata por la tierra como las aguas, corriendo y ondeando con una perpetua variedad de movimientos, los cuales ya le levantan á grandes esperanzas, ya le abajan por el temor, ya le inclinan á

(1) Lectio IV Comment. S. Thomæ in Aristot., Physica, lib. VIII, cap. II.

lo justo por el consuelo, ya á lo injusto por la aflicción, sin que jamás sea uno solo de sus días, ni aun de sus horas, parecido por entero al otro. Este es, pues, un grande é importante aviso. Por esto nos conviene el procurar tener una continua é inviolable igualdad de corazón en una tan grande desigualdad de accidentes. Y aunque todas las cosas se truequen y varien diversamente para con nosotros, nos es necesario mostrarnos constantes é inmóviles en la sola mira del servicio de nuestro Dios. Tome el navío la derrota que quisiere, que corra al poniente ó levante, á mediodía ó al septentrion, ó ya se vea azotado del más furioso y contrario viento, no por eso su aguja de marear mirará sino la hermosa estrella del polo. Ya se revuelva todo lo de abajo arriba, y no sólo digo en lo exterior, sino en nosotros mismos, esto es, que nuestra alma se vea triste ó alegre, consolada ó sin consuelo, pacífica ó atribulada, en claridad ó en tinieblas, en tentación ó en reposo, en gusto ó disgusto, con desabrimiento ó terneza; que el sol la queme, el rocío la refresque, siempre hemos de procurar que la punta de nuestro corazón, nuestro espíritu, nuestra voluntad superior, que es nuestra aguja, mire sin cesar y se extienda perpetuamente al amor de Dios, su criador, su salvador, su único y soberano bien. *O que nosotros muramos ó que nosotros vivamos* (dice el Apóstol), *si es que somos de Dios, ¿quién nos separará del amor y caridad de Dios?* (1) No, jamás nos podrá apartar cosa de este amor: ni la tribulación, ni la congoja, ni la muerte, ni la vida, ni el dolor presente, ni el temor de los acciden-

(1) San Pablo á los Romanos, XIV, 8.

tes futuros, ni los artificios de los espíritus malignos, ni la grandeza de los consuelos, ni la profundidad de las aflicciones, ni la ternera, ni el desabrimiento, no nos podrán jamás separar de esta santa caridad fundada en Jesucristo (1).

Esta tan absoluta resolución de jamás abandonar á Dios ni dejar su dulce amor, sirve de contrapeso á nuestras almas para tenerlas en la santa igualdad en medio de la desigualdad de los diversos movimientos que la condición de esta vida la acarrea; porque así como las abejas, viéndose sobresaltadas del viento en la campaña, se abrazan de las pedrezuelas que pueden, para poder así abalanzarse al aire, sin verse tan fácilmente expuestas al rigor de los vientos, así nuestra alma, habiendo con vivas veras y entera resolución abrazado el precioso amor de Dios, queda constante en medio de la inconstancia y mudanza de los consuelos y aflicciones, así espirituales como temporales, exteriores como interiores,

Fuera de esta general doctrina, nos son necesarios algunos documentos particulares:

1. Digo, pues, que la devoción no consiste en la dulzura, suavidad, consuelo y sensible ternera de corazón, lo cual nos provoca á lágrimas y suspiros, y nos da una cierta satisfacción dulce y agradable en el uso de algunos ejercicios espirituales. No, amada Filotea, la devoción y esto no es una misma cosa; porque hay muchas almas que tienen estas terneras y consuelos, y no obstante no dejan de ser muy viciosas, sin que tengan por consiguiente ningún verdadero amor de Dios, y

(1) S. Pablo á los Romanos, VIII, 35, 38, 39.

mucho menos ninguna verdadera devoción. Saúl siguió á David para darle muerte, el cual, huyendo de su persecución por los desiertos de Engadi, se entró con los suyos en una cueva para mejor esconderse, donde Saúl, descuidado, entró solo; y aunque pudiera entonces David matarle, no sólo no quiso hacerlo, ni aun amedrentarle, sino antes, habiéndole dejado salir á su salvo, le llama después para mostrarle su inocencia y hacerle conocer cómo había estado entre sus manos. ¿Qué es lo que hizo, pues, después de esto Saúl para mostrar cómo su corazón se había enternecido para con David? Nombróle por su hijo, y púsose á derramar gran cantidad de lágrimas, alabándole y confesando su benignidad, rogaba á Dios por él y por su futura grandeza, y encomendando su posteridad para después de sus días (1). ¡Qué mayor dulzura y ternera de corazón podía mostrar! Y con todo eso jamás trocó su alma ni dejó de continuar su persecución contra David con la misma crueldad que antes. Así se hallan personas que, considerando la bondad de Dios y la pasión del Salvador, sienten grandes terneras de corazón, haciéndoles éstas arrojar lágrimas, suspiros y oraciones, con acciones de gracia muy sensibles, y de manera que dirían que las tales tienen el corazón asaltado de una bien grande devoción; pero viniendo á la prueba, se halla que como las lluvias pasajeras de un ardiente verano, que cayendo groseras gotas sobre la tierra, no la penetran ni sirven sino á la producción de los hongos, setas y semejantes menudencias, así estas lágrimas tiernas, cayendo sobre un corazón vicioso, y no

(1) Reyes, I, xxvi.

penetrándole, le son de todo punto inútiles; y así vemos que los tales no por eso dejarán un solo maravedí de la hacienda mal adquirida que poseen, ni renunciarán una sola de sus perversas aficiones, ni querrán haber tomado la menor incomodidad del mundo por el servicio del Salvador, á quien habían encomendado sus lágrimas. De suerte que los buenos movimientos que tuvieron, no son sino ciertos hongos espirituales, los cuales no sólo no son la verdadera devoción, sino manifiestos engaños del enemigo, que engañando las almas con estos pequeños consuelos, las hace contentarse y satisfacerse de esto, para que así no busquen la verdadera devoción, la cual consiste en una voluntad constante, resuelta, pronta y activa en el ejecutar todo aquello que supieren ser voluntad de Dios.

Llorará tiernamente un niño cuando, sangrando á su madre, ve que rompe la vena el barbero; pero si al mismo tiempo su madre, por quien lloraba tanto, le pide una manzana ó un papelejo de grajea, el cual tenía en la mano, de ninguna manera querrá dárselo. Así son la mayor parte de nuestras tiernas devociones. Viendo dar un golpe de lanza que traspasa el corazón de Jesucristo crucificado, lloramos tiernamente. ¡Ah, pobre de mí, Filotea! Bueno es el llorar en la consideración de esta muerte y pasión dolorosa de nuestro Padre y Redentor, ¿mas por qué no le damos nosotros muy de grado la manzana que tenemos en nuestras manos, la cual nos pide con tantas veras, esto es, nuestro corazón, única manzana de amor? ¿Por qué no le resignamos nuestros menores deseos, deleites y complacimientos, lo cual nos quiere quitar de las manos, y no puede, por cuanto es nuestra grajea, de la cual

somos más aficionados y golosos que deseosos de su celeste gracia?

¡Ah, pobre de mí! Todas estas son amistades de niños: tiernas, pero flacas; fantásticas, pero sin efecto. La devoción, pues, no consiste en estas ternezas y sensibles aficiones, las cuales muchas veces proceden de una naturaleza en sí blanda y susceptible de la impresión que la quieren dar; y algunas veces vienen del enemigo, que para engañarnos en esto, excita nuestra imaginación á la aprehensión propia á tales efectos.

2. Estas ternezas y afectuosas dulzuras son con todo esto á las veces muy buenas y útiles, por cuanto mueven el apetito del alma, confortan el espíritu y juntan á la prontitud de la devoción un santo regocijo y alegría; lo cual hace nuestras acciones hermosas y agradables, aun en lo exterior. Este es aquel gusto que se tiene en las cosas divinas, del cual David decía: *¡Oh, Señor, y cuán dulces son tus palabras á mi paladar! Son más dulces que la miel á mi boca* (1). Y es cierto que el menor consuelo de devoción que recibimos, vale de cualquier manera más que las más excelentes y mayores recreaciones del mundo. Los pechos y la leche, esto es, los favores del Esposo divino, son mejores al alma que el vino (2) más precioso de los placeres de la tierra. El que ha gustado de ellos tiene todos los demás consuelos por hiel y ajenjos. Y como los que tienen la yerba scítica en la boca reciben una grande dulzura que no sienten ni hambre ni sed (3), así aquellos á quien Dios ha dado este maná celeste de

(1) Salmos, cxviii. 103.

(2) Cantares, 1, 1.

(3) Plin.. *Hist. Nat.*, lib. XXV, c. viii (al xliii)

suavidades y consuelos interiores no pueden desear ni recibir los consuelos del mundo para lo que es tomar gusto y embabecerse en ellos. Son estos principios de suavidades inmortales que da Dios á las almas que le buscan; son granos azucarados que da á sus hijos para celebrarlos; son aguas cordiales que les presenta para confortarlos; y son también á veces las arras de recompensas eternas. Dicen que Alejandro Magno, navegando en alta mar, descubrió primeramente la dichosa Arabia por medio de los suaves olores que el viento le sacudía, con que tomó ánimo y se le dió á todos sus compañeros (1). Así nosotros recibimos muchas veces dulzuras y suavidades en este mar de la vida mortal, las cuales sin duda nos hacen antes gustar los regalos de aquella patria dichosa y celeste á la cual aspiramos.

Pero dirásme, sin duda, que pues hay consuelos sensibles que son buenos y vienen de Dios, y no obstante hay otros inútiles, peligrosos y aun perniciosos, que proceden, ó de naturaleza ó asimismo del enemigo, ¿cómo podrás discernir los unos de los otros, y conocer los malos ó inútiles entre los buenos? Sea, pues, una general doctrina, querida Filotea, cuanto á los deseos y pasiones de nuestras almas, que las debemos conocer por sus frutos (2). Aquel corazón es bueno, que tiene buenos deseos; y los deseos y pasiones son buenos, cuando producen en nosotros buenos efectos y santas acciones. Si las dulzuras, ternezas y consuelos

(1) Plin., *Ibid.*, lib. XII, c. XIX (al XLII).

(2) S. Mateo, VII, 16. En el original se lee esta frase olvidada por Quevedo: «Nuestros corazones son árboles, nuestras pasiones y afectos son sus ramas, y las obras ó acciones dellas los frutos.»

nos hacen más humildes, pacientes, tratables, caritativos y compasivos para con el prójimo; más fervorosos en mortificar nuestras concupiscencias y malas inclinaciones; más constantes en nuestros ejercicios; más manejables y obedientes para con los que debemos obediencia; más simples en nuestra vida; sin duda, Filotea, que los tales consuelos y ternezas serán de Dios. Mas si estas dulzuras no tienen dulzuras sino para nosotros, y nos hacen curiosos, agrios, puntillosos, impacientes, porfiados, fieros, presuntuosos, duros para con el prójimo; y que pensando ser ya pequeños santos no queremos sujetarnos más á la dirección ni á la corrección, indubitavelmente estos tales serán consuelos falsos y perniciosos. Un buen árbol no produce sino buenos frutos (1).

Cuando sintiéremos estas dulzuras y consuelos, menester hemos humillarnos mucho delante de Dios. Guardémonos, pues, de decir cuando estas dulzuras nos arriben: Yo soy sin duda bueno. No, Filotea: estos son bienes que no nos hacen mejores; porque, como tengo dicho, no consiste en esto la devoción. Digamos antes: ¡Oh, y cuán bueno es Dios con los que esperan en él y con las almas que la buscan! (2).

1. El que tiene el azúcar en la boca, no puede decir que su boca sea dulce; mas podrá decir que el azúcar es dulce. Así, aunque esta dulzura espiritual es muy buena, y Dios que nos la da es buenísimo, no por eso se sigue que aquel que la recibe sea bueno.

2. Conozcamos ser aún pequeños niños, que tenemos necesidad de leche, y que estas grandes dulzuras

(1) S. Mateo, VII, 17.

(2) Jeremías, Thren. III, 25.

ras nos son dadas por cuanto aun tenemos el espíritu tierno y delicado, y que tiene necesidad de tales cebos y mantenimientos para ser tirado al amor de Dios.

3. Mas después de esto (hablando generalmente y por lo ordinario) recibamos con humildad estas gracias y favores, y tengámolas por en extremo grandes, no por cuanto lo son en sí mismas, como porque es la mano de Dios quien nos las pone en el corazón, como haría una madre, que por regalar á su hijo, ella misma le metiese los granos de grajea en la boca uno á uno; porque si el tal niño tuviese algún juicio, más estimaría la dulzura del agasajo y caricia de la madre que la dulzura de la grajea misma. Así que, Filotea, no es poco el tener semejantes dulzuras; pero es la dulzura de las dulzuras el considerar que Dios con su mano amorosa y maternal nos la pone en la boca, en el corazón, en el alma y en el espíritu.

4. Habiéndolas recibido con esta humildad, empleémoslas cuidadosamente según la intención del que nos las da. ¿Por qué pensamos, pues, que Dios nos da estas dulzuras? Para hacernos dulces y mansos para con todos, y enamorados para con él. Da la madre la grajea al niño porque la bese. Besemos, pues, también nosotros á nuestro Salvador, pues nos acaricia por medio de estos consuelos. Besar, pues, al Salvador, es el obedecerle, el guardar sus mandamientos, el hacer su voluntad, el seguir sus deseos, y en fin, el abrazarle tiernamente con obediencia y fidelidad. Cuando hubiéremos, pues, recibido algún consuelo espiritual, menester es aquel día mostrarnos diligentes en el hacer bien y en el humillarnos.

5. Es menester, además de todo esto, renunciar

de cuando en cuando tales dulzuras de consuelos y ternezas, separando nuestro corazón de ellas y protestando que aunque las recibamos humildemente y las amemos, por cuanto Dios nos las envía, y que nos provocan á su santo amor, no por eso son las tales las que buscamos, sino Dios y su santo amor; no el consuelo, sino el consolador; no la dulzura, sino el dulce Salvador; no la terneza, sino aquel que es suavidad del cielo y de la tierra; y en esta afición y deseo debemos resolvernos y quedar firmes en el santo amor de Dios, aunque en toda nuestra vida no recibiésemos ningún consuelo; y así diremos igualmente sobre el monte Calvario como sobre el del Tabor: ¡Oh Señor, y cuán bien me está el estar con vos (1), ya esteis en cruz ó ya en gloria!

6. Finalmente te advierto, que si te viniese alguna notable abundancia de tales consuelos, ternezas, lágrimas y dulzuras, ó alguna cosa de extraordinario en ellas, las confieras y comuniques con fidelidad con tu confesor, para que así aprendas como te has de moderar y comportar en ellas; porque está escrito: *¿Has hallado la miel? Come la que te basta* (2).

CAPÍTULO XIV

DE LAS SEQUEDADES Y ESTERILIDADES ESPIRITUALES.

Harás, pues, como te acabo de decir, querida Filotea, cuando tuvieres semejantes consuelos. Pero este tiempo hermoso y tan agradable, no durará siempre;

(1) S. Mateo, XVII, 4.

(2) Proverbios, XXV, 16.

antes te sucederá hallarte á veces tan privada de la devoción, que te parecerá ser tu alma una tierra desierta, infructuosa y estéril, en la cual no hay ni senda ni camino para hallar á Dios, ni ninguna agua (1) de gracia que la pueda rociar, por ser su sequedad tan grande, que parece quererla volver de todo punto estéril. ¡Ah, pobre de mí, y cuán digna de compasión es el alma que se ve en este estado, y principalmente cuando este mal es vehemente! porque entonces, á imitación de David, se sustenta de lágrimas noche y día, mientras el enemigo, por hacerla desesperar, se burla de ella, diciéndola: ¡Ah, pobre de ti! ¿dónde está tu Dios? (2). ¿Por qué camino le podrás tú hallar? ¿Quién te podrá volver ya más la alegría de su santa gracia?

¿Qué es lo que harás tú en tal tiempo, Filotea? Tendrás, pues, cuenta, de dónde te viene el mal. Nosotros mismos somos muchas veces causa de nuestras esterilidades y sequedades.

1. Como una madre rehusa el azúcar á su hijo viéndole sujeto á las lombrices, así Dios nos quita los consuelos cuando en ellos recibimos algún vano complacimento y nos ve sujetos al gusano de la soberbia y presunción. Saludable me es, ¡oh Dios mío! que vos me humilleis, y eso sin duda porque antes que vos me hubiérais humillado, yo os había ofendido (3).

2. Cuando nos mostramos negligentes en recoger las suavidades y regalos del amor de Dios á su tiempo, entonces nos los quita, en castigo de nuestra pereza.

(1) Salmos. LXII, 3.

(2) *Ibid.*, XII, 3.

(3) *Ibid.*, CXVIII, 71, 67.

El israelita que no cogía el maná muy de mañana, después no podía habiéndose mostrado el sol, porque entonces se deshacía todo (1).

3. Vémonos á veces echados en una cama de contentos sensuales y consuelos perecederos, como se veía la esposa sagrada en los Cánticos (2). El esposo de nuestras almas llama á la puerta de nuestro corazón: inspíranos que nos volvamos á nuestros ejercicios espirituales; pero nosotros regateamos esto con él, por cuanto sentimos el dejar estos vanos embebecimientos y el apartarnos de estos falsos contentos. Por esto, pues, pasa adelante y nos deja atollados; después, cuando le queremos buscar, tenemos no poco trabajo en hallarle; pero habémoslo bien merecido, pues nos mostramos tan infieles y desleales á su amor, que rehusamos el ejercicio espiritual por seguir el de las cosas del mundo. Mas quien se sustenta de la harina de Egipto, no es bien participe del maná del cielo. Las abejas aborrecen todos los olores artificiales, y las suavidades del Espíritu Santo son incompatibles con los regalos artificiosos del mundo.

4. La duplicidad y disimulación de ingenio, ejercitado en las confesiones y comuniones espirituales que se hacen con el confesor, causa las sequedades y esterilidades; que pues tú mientes al Espíritu Santo, no es de maravillar si él te rehusa su consuelo; pues tú no quieres ser simple y sin doblez como un niño, tampoco tendrás la grajea de los niños.

5. Tú te hallas muy bien sola con los contentos mundanos; y así no es mucho si los regalos espiri-

(1) Exodo XVI, 21.

(2) Cap. V, 2-6.

tuales se te dan escasamente. Las palomas ya solas (1) (dice el antiguo proverbio), hallan amargas las cerezas. Hinchado ha de bienes (dice nuestra Señora) á los hambrientos, y á los ricos ha dejado vacíos (2). Los que son ricos de placeres mundanos, no son capaces de los espirituales.

6. Si hubieres conservado bien los frutos de los consuelos recibidos, sin duda que tendrás otros nuevos, porque á aquel que los tiene se le darán aún más, y á aquel que no tiene los que se le han dado; mas á quien los ha perdido por su culpa, se le quitarán aún los que no tiene (3); esto es, que le privarán de las gracias que le estaban preparadas. Vemos que la lluvia vivifica las plantas ya verdes; mas á las que no lo están, antes las quita la vida que aun no tienen, porque al mismo punto las podrece y daña. Por muchas y semejantes causas perdemos los consuelos devotos y caemos en sequedad y esterilidad de espíritu.

Examinemos, pues, nuestras conciencias, y veamos si hallamos en nosotros semejantes faltas. Mas notarás, Filotea, que no se debe hacer este examen con inquietud ni demasiada curiosidad; antes, después de haber con fidelidad considerado cerca de esto nuestras acciones, si es que hallamos en nosotros la causa del mal, daremos gracias á Dios, porque el mal se tiene por medio sano cuando se ha descubierto la causa de de él. Si, al contrario, no vieres nada en particular que te parezca haber causado esta sequedad, no te embebecas ni detengas en buscar con más curiosidad

(1) *Hartas*, dice el original (*saoules*).

(2) S. Lucas, I, 53.

(3) S. Mateo, xxv, 29.

la causa; sino con toda simplicidad, sin más examinar ninguna curiosidad, haz lo que te diré.

1. Humíllate cuanto puedas delante de Dios, conociendo tu poquedad y miseria. ¡Ay de mí! ¡Qué es lo que soy yo, cuando en mí misma no soy otra cosa, ¡oh Señor! sino una tierra seca, la cual, abierta por todas partes, muestra la sed que tiene de las aguas del cielo, y es el mal, que entretanto el viento la disipa y vuelve en polvo!

2. Invoca á Dios y pídele su alegría. *Volvedme ¡oh Señor! la alegría de vuestra salud* (1). *Padre mío, si es posible, traspasad este cáliz de mí* (2). ¡Quítateme de delante, ¡oh vicio infructuoso! causa de la sequedad de mi alma! ¡Y ven tú, ¡oh gracioso viento de los consuelos! y sopla en mi jardín (3), y así sus buenas aficiones y deseos derramarán olor de suavidad!

3. Acude á tu confesor, ábrele bien tu corazón, hazle ver todos los dobleces de tu alma, y toma los consejos que te diere con gran simplicidad y humildad; porque Dios, que ama infinito la obediencia, hace muchas veces útiles los consuelos ajenos, y en particular los de los confesores, aunque por entonces no haya grande apariencia, como hizo provechosas á Naaman las aguas del Jordán, de las cuales Eliseo, sin ninguna apariencia de razón humana, le mandó usar (4).

4. Mas después de todo esto, nada hay tan provechoso, nada tan fructuoso en semejantes sequedades y

(1) Salmos, I, 14.

(2) S. Mateo, xxvi, 39; S. Lucas, xxii, 42.

(3) Cantares, iv, 16.

(4) Reyes, IV-v, 14.

esterilidades como el no aficionarse ni desvelarse en el deseo de librarse de ellas. No digo yo que simplemente no procuremos el huirlas; pero digo que no debemos procurarlo con porfía, sino antes dejarlo á la sola voluntad y especial providencia de Dios, para que él se sirva de nosotros cuando fuere servido en medio de semejantes espinas y trabajos. Digamos, pues, á Dios en tal tiempo: *¡Oh Padre! si es posible, pasad de mí este cáliz* (1). Mas juntemos también palabras de grande ánimo: *Con todo esto, no mi voluntad, sino la vuestra, sea hecha*. Y quedémonos en esto con el mayor reposo que nos sea posible; porque Dios, viéndonos en esta santa indiferencia, nos consolará con más gracias y favores, como cuando vió á Abraham resuelto de privarse de su hijo Isaac, que se contentó viéndole indiferente en esta pura resignación, consolándole por una visión y su dulce bendición (2). Debemos, pues, en toda suerte de aflicciones, así corporales como espirituales, sucediéndonos semejantes distracciones ó subtracciones en la devoción, decir de todo nuestro corazón, y con una profunda sumisión: *El Señor me ha dado consuelos, el Señor me los ha quitado: sea bendito su santo nombre* (3); porque perseverando en esta humildad, sin duda nos dará sus regalados favores, como hizo á Job, que constantemente usaba de semejantes palabras en todos sus trabajos.

5. Finalmente, Filotea, entre todas nuestras sequedades y esterilidades, nunca perdamos el ánimo, sino antes esperando con paciencia los consuelos, si-

(1) S. Mateo-supra.

(2) Génesis, xxii, 15-18.

(3) Job, i, 21.

gamos siempre nuestra derrota. No dejemos por esto ningún ejercicio de devoción; antes, siendo posible, multiplicaremos nuestras buenas obras; y no pudiendo presentar á nuestro caro Esposo las confituras líquidas, presentémosle las secas, porque lo uno y lo otro será lo mismo, con tal que el corazón que se las ofrece esté perfectamente resuelto en el querer amarle. Cuando la primavera es hermosa, hacen las abejas más miel y crían menos, porque al favor del buen tiempo se embebecen y ocupan tanto en hacer su cosecha sobre las flores, que se olvidan de su producción. Mas cuando la primavera es áspera y nublosa, entonces hacen más abejas y menos miel; porque, como no pueden salir á hacer su cosecha, se emplean entonces en su multiplicación. Sucede muchas veces, querida Filotea, que viéndose el alma en la hermosa primavera de los consuelos espirituales, se embebece tanto en el juntarlos, que con abundancia de estos dulces regalos hace muchas menos obras buenas; y al contrario, hallándose en las asperezas y esterilidades espirituales, multiplica tanto más las obras sólidas y virtuosas, cuanto se ve privada de los sentimientos agradables de devoción, abundando en la generación interior de las verdaderas virtudes de paciencia, humildad, abyección de sí misma, resignación y abnegación de su amor propio.

Es un grande abuso de muchos, y principalmente de las mujeres, el creer que el servicio que hacemos á Dios sin gusto, sin terneza de corazón y sin sentimiento, sea menos agradable á la Majestad divina; pues al contrario nuestras acciones son como las rosas, las cuales, aunque es verdad que estando frescas tienen más gracia, con todo eso, cuando secas, tienen más

olor y fuerza, y de la misma manera, aunque nuestras obras hechas con ternera de corazón no son agradables (digo á nosotros, por cuanto no miramos sino á nuestro propio deleite), con todo eso las que hacemos con sequedad y esterilidad tienen más olor y valor delante de Dios. Sí, Filotea, en tiempo de sequedad y desabrimiento, nuestra voluntad nos lleva al servicio de Dios como por fuerza; por consiguiente ha de ser de necesidad más rigurosa y constante que en tiempo de ternera. No es mucho servir á un príncipe en la dulzura de un tiempo próspero y apacible y en medio de los regalos de la corte; pero servirle en las aspereza de la guerra y en medio de las revueltas y persecuciones, será sin duda una verdadera señal de constancia y fidelidad. La beata Angela de Foligno dice (1) que la oración más agradable á Dios es la que se hace por fuerza y contrición: esta es aquella á la cual nos ponemos, no por algún gusto que tengamos, ni por inclinación, sino solamente por agrandar á Dios, á lo cual nuestra voluntad nos lleva como constreñidos, forzando y repugnando las sequedades y repugnancias que se le oponen. Lo mismo digo de toda suerte de buenas obras; porque cuantas más contradicciones tuviéremos en el hacerlas, sean exteriores ó interiores, tanto más estimadas y apreciadas son delante de Dios; y cuanto menos particular interés hubiere en el seguimiento de las virtudes, tanto más la pureza del amor divino lucirá en nosotros. El niño besa fácilmente á su madre cuando le da azúcar; pero será señal clara de amarla en extremo si la besa después de haberle dado amargos ajenos.

(1) Arnaldus; Vita B. Angelos de Fulgino, c. LXII.

CAPÍTULO XV

CONFIRMACIÓN Y ACLARACIÓN DE LO QUE SE HA DICHO
POR UN EJEMPLO NOTABLE.

Para darte esta instrucción más evidente, quiero ponerte aquí un excelente pedazo de la historia de san Bernardo, como lo he hallado en este docto y entendido autor (1). Dice, pues, así: Es cosa ordinaria casi á todos los que comienzan á servir á Dios, y que no están aún experimentados en las substracciones de la gracia, ni en las mudanzas espirituales, que viniéndoles á faltar este gusto de la devoción sensible y esta agradable luz que los convida á darse prisa en el camino de la devoción, pierden al mismo punto el ánimo y caen en pusilanimidad y tristeza de corazón. La gente bien entendida da esta razón: que la naturaleza racional no puede por largo tiempo durar hambrienta y sin ningún deleite, ó celeste ó terrestre. Como las almas, pues, relevadas sobre sí mismas con la prueba de los placeres superiores, renuncian fácilmente los objetos visibles, así también cuando por la disposición divina les es quitada la alegría espiritual, hallándose también entonces privadas de los consuelos corporales, y no estando aún acostumbradas á esperar con paciencia la vuelta del verdadero sol, les parece que están ni el cielo ni en la tierra, y que han de quedarse sepultadas en una noche eterna; y como niños pe-

(1) Vitam primam S. Bern. lib. IV, cap. III (Patrología latina tomo CLXXXV).

queñuelos que se airan cuando les quitan la teta, así también se quejan, lloran y se muestran importunas y enojosas, principalmente consigo mismas. Esto, pues, aconteció en el viaje, del cual hay cuestión, á uno de la tropa, llamado Godofredo de Perona, nuevamente dedicado al servicio de Dios. Este, pues, hallándose de improviso con una cierta sequedad y falta de consuelo, y ocupada el alma de mil tinieblas lóbregas é interiores, comenzó á volver á la memoria sus amigos mundanos, sus parientes, los ejercicios y vanidades que poco antes había dejado, por cuyo medio fué asaltado de una tan áspera tentación, que no pudiéndola encubrir en el semblante, se lo conoció uno de sus más confidentes y amigos; el cual, llegándose con disimulación y dulces palabras, le dijo en secreto: ¿Qué es esto, Godofredo? ¿Cómo estás tan pensativo y pesaroso, cosa tan fuera de tu costumbre? Entonces Godofredo, con un suspiro profundo del alma, respondió así: Hermano mío, sabrás que ya en mi vida podré estar alegre; con cuyas palabras, movido el amigo á piedad, se fué luego con un celo fraterno á contarle al común padre san Bernardo; el cual, viendo el peligro, se entró en la primera iglesia, donde rogó á Dios por él. Godofredo, durante esto, combatido por la tristeza y apoyando la cabeza sobre una piedra, se quedó dormido; pero después de pequeño rato se levantaron entrambos, el uno de la oración con la gracia ya alcanzada, y el otro del sueño con la cara risueña y serena. Maravillándose de esto su amigo, viendo en él tan arrebatada mudanza, no pudo dejar de reprenderle amigablemente lo que poco antes le había respondido. Godofredo le replicó: Si antes te dije que jamás yo me

vería contento, ahora te aseguro que jamás me veré triste.

Tal fué el suceso de la tentación de esta devota persona. Notarás, pues, en lo que se te ha contado, Filotea:

1. Que Dios da de ordinario algún anticipado gusto de los regalos celestes á los que entran en su servicio, para retirarlos por este medio de los deleites terrenos y animarlos en el seguimiento del amor divino, como una madre que para tirar y cebar su hijuelo á la teta, le pone la miel en el pezón della.

2. Es también este buen Dios quien á veces (según su sabia disposición) nos quita la leche y la miel de los consuelos, para que por este medio aprendamos á comer el pan seco y sólido de una devoción vigorosa, ejercitada á la prueba de disgustos y tentaciones.

3. Que á veces, de las sequedades y esterilidades de espíritu, se levantan muy grandes tentaciones, y que entonces es necesario combatirlas animosamente, porque las tales no son de Dios; pero debemos sufrir las sequedades, pues Dios las ha ordenado para nuestro ejercicio.

4. Que no debemos jamás perder el ánimo entre los enojos interiores ni decir como el buen Godofredo: Jamás yo me veré alegre; porque en medio de la noche debemos esperar la luz, y recíprocamente en el más hermoso tiempo espiritual que podemos tener, no debemos tampoco decir: Jamás me veré triste; porque (como dice el Sabio) (1) en los días dichosos debemos acordarnos de la desdicha. Hase de esperar entre los

(1) Ecl. xi, 27.

trabajos y temer entre las prosperidades; y tanto en una como en otra ocasión, debemos humillarnos.

5. Que es un soberano remedio el descubrir su mal á algún amigo espiritual que nos pueda dar consuelo.

En fin, para conclusión de este advertimiento tan necesario, noto que en todas las cosas y asimismo en estas, nuestro buen Dios y nuestro enemigo tienen también contrarias pretensiones; porque Dios, por ellas nos quiere conducir á una gran pureza de corazón, á una propia renunciación de nuestro propio interés en lo que es de su servicio, y á una perfecta desnudez de nosotros mismos; pero el enemigo nuestro procura emplear sus fuerzas para hacernos perder el ánimo y hacernos volver del lado de los placeres sensuales, haciéndonos enojosos para con nosotros mismos y los otros, para afejar y difamar la santa devoción; pero si observas los documentos que te he dado, verás cómo aumentas en extremo tu perfección en el ejercicio que usares entre las aflicciones interiores; de las cuales no quiero acabar el propósito sin decirte aún una palabra. Algunas veces los disgustos, las esterilidades y sequedades proceden de la indisposición del cuerpo, como cuando por el exceso de las vigili-
as, de los trabajos y ayunos, nos hallamos combatidos del cansancio, adormecidos y pesados, y con otras tales enfermedades, las cuales, aunque proceden del cuerpo, no dejan de incomodar el espíritu por la estrecha atadura que hay entre ellos. En tales ocasiones, pues, debemos acordarnos siempre de hacer más actos de virtud con nuestro espíritu y voluntad superior; porque aunque parezca estar toda nuestra alma dormida, y acabada del cansancio y desabrimiento, no por eso

las acciones de nuestro espíritu dejan de ser muy agradables á Dios; y podemos decir en tal tiempo como la Esposa sagrada: *Yo duermo; pero mi corazón vela* (1). Y como he dicho atrás, si hay menos gusto en el trabajar de esta suerte, no por eso deja de haber más merecimiento y virtud.

Mas el remedio en esta ocurrencia es el alentar el cuerpo con alguna suerte de legítima recreación y entretenimiento. Así san Francisco ordenaba á sus religiosos que fuesen de tal manera moderados en sus trabajos, que no destruyesen el fervor del espíritu (2).

Y á propósito de esto, este glorioso padre una vez se vió contristado y perseguido de una tan profunda melancolía de espíritu, que no podía dejar de mostrarla en sus movimientos: porque si quería conversar con sus religiosos, no podía; si se apartaba de ellos, se hallaba peor. La abstinencia y la mortificación de la carne le afligían, y la oración no le aliviaba nada. Vióse dos años de esta suerte, y de manera, que parecía estar de todo punto abandonado de Dios: mas en fin, después de haber con humildad sufrido esta áspera tempestad, el Señor le dió en un momento una dichosa tranquilidad (3). Esto es para darte á entender que los mayores siervos de Dios están sujetos á tales sequedades, y que los menores no deben espantarse si se hallan en algunas.

(1) Cant., v, 2.

(2) Regula S. Franc., c. v.

(3) Barthol de Pisis, De conform., vitæ B. Franc. ad vitam D. J. C. Redempt. N. lib. I. conf. vii.

BIBLIOTECA PARTICULAR
DE LA

Srita. Felicitas Lozoya

PROFESORA DE CANTO.